

Aguja

—¡Javier Díaz!

La voz de la enfermera resuena en la sala de espera de la clínica. Su nombre es Ketty González y ya, a eso de la una de la tarde, está cansada. Hoy comenzó a trabajar muy temprano porque anoche su bebé de nueve meses, Paquito, no la dejó dormir.

—Para estar acostada con los ojos abiertos, mejor es estar trabajando —le dijo a su marido, Paco, en la madrugada. Se bañó, se vistió y salió hacia la clínica. Paquito ni lloraba, parecía mudo; era Ketty la incapaz de dormir en su propia cama anticipando el llanto de su vulnerable cría, como una mujer que no puede dormir acompañada del amante por estar anticipando ronquidos que nunca llegan.

Javier Díaz cierra la revista que pretendía leer; es de esas revistas de sala de espera que no tratan de salud, sino de lujo, moda y farándula. Javier sólo veía los diseños, los colores y las imágenes.

—Qué mujer —murmuró cuando miraba en la revista la fotografía artificial de la modelo que contrataron para vender un perfume por más de lo que valía—. Me gusta. Se nota que es tierna y tremenda a la vez. Que el dios que exista me ponga enfrente una así y pronto, que ya me estoy volviendo loco. Así ni siquiera se puede trabajar.

Javier escucha su nombre y alza la mano en la cual sostiene la revista cerrada:

—¡Acá!

—Puede pasar —dice Ketty con ternura, como le hablaría a Paquito.

Javier dice «gracias» para sí. Quiso agradecerle a la enfermera y no sabe por qué la palabra le salió como a quien habla solo. Coloca la revista sobre la mesa cubierta con otras revistas de colores diferentes y contenido idéntico. Se acerca a la enfermera.

—Hola, señor Díaz; ¿cómo está?

—Bien, bien. ¿Usted qué tal?

—Algo cansada, pero bien. Pase adelante. Es la primera puerta a la derecha. Ya pronto lo atienden.

—Listo, muchas gracias... y por cierto: nada de «señor». Todavía estoy muy joven para eso.

Ketty suelta una risa débil y risueña. Está muy cansada. No sabe cómo va a sobrevivir el resto del día. Su cuerpo recuerda la vitalidad del café y la impulsa a buscar un poco. Piensa «¿será que ahorita me tomo un cafecito?» y se responde «sí», y celebra internamente su gran decisión sin saber que su cuerpo ya había decidido por ella.

Javier franquea el marco de la primera puerta a la derecha. Lo primero que ve es una silla grande, color gris oscuro, tapizada con un material seco; parece una tenebrosa silla eléctrica, sólo que más acolchonada. El resto del consultorio es de color hospital: blanco fosforescente con toques de celeste. Javier se sienta en la silla. A su izquierda está la pared blanca adornada con un colorido diagrama del sistema circulatorio. A su derecha hay una silla con patas que ruedan y un escritorio con una computadora. Más allá del escritorio, sobre un mostrador, dentro de un recipiente especial, Javier ve decenas de tubitos plásticos llenos de sangre; percibe que la sangre en un tubo es roja, en otro rojo-vino, en otro marrón. Javier siente asco. A un lado de la sangre, en otro recipiente, ve muchas jeringuillas, cuyas agujas parecen desafiarlo. Javier odia las agujas.

Una enfermera entra al consultorio. Tiene puesta una mascarilla celeste que esconde la mitad inferior de su semblante y resalta sus ojos: café claro, intensos. Javier piensa que tiene mirada de actriz, pero no sabe como cuál. Ella saluda mientras se sienta en la silla rodante, a un lado de Javier:

—Hola, ¿cómo estamos? Mi nombre es Lilia. Discúlpame la demora.

Lilia Gutiérrez tiene una voz brillante, resonante y femenina. Su voz revela a una mujer alegre. Es cubana: su acento la delata. Es de esos acentos no tan marcados que confunden al oyente, pero sí que le obligan a escuchar con más atención. Javier siente surgir en él un súbito deseo por ella.

—Si ni hubo demora. Tranquila. ¿Cómo va todo?

—Ay, mira que no te voy a mentir... Se me fue toda la hora de almuerzo en el teléfono.

—No puede ser. ¿Y eso?

Lilia toma un respiro mientras pasa su mano a través de su cabello largo y negro, de adelante hacia atrás, soltando así un aroma dulce de champú o perfume, y responde:

—Una mujer a la que yo le explicaba «mira, yo tengo treinta y tres años, así que mi seguro médico no puede ser el de tercera edad; yo tengo el seguro estándar de la compañía; que mi edad tenga el número tres nada tiene que ver con que yo sea de tercera edad», y ella con lo mismo, preguntando si mi seguro era de tercera edad; de veras que hay que ser bruta, y yo «mira, vamos a ver si nos entendemos, chica, a ver si nos hacemos amigas antes de que me vuelvas loca» y así se me fue toda la hora. ¿Puedes creerlo?

Javier nota que Lilia, al desahogarse, se relaja.

—No te lo creo. Qué locura. ¿Entonces no comiste nada?

—Sí, comí teléfono.

Javier suelta una risa. Lilia continúa:

—Yo creo que esa mujer comenzó a trabajar ayer y la tenían entrenando conmigo. Es la única explicación lógica.

—De verdad que sí. Oye... y mira que yo nunca he comido teléfono. ¿Cómo te supo?

Los ojos de Lilia se sonríen.

—Ah, pues. Delicioso.

—¡Viste! Qué bueno.

Javier nota que Lilia ya se desahogó por completo. Lilia se siente liviana.

—Eso sí. Bueno, dime. ¿Cómo te llamas y qué te vienes a hacer hoy?

—Javier y pruebas de sangre estándar, que ya me tocan este año.

—Ah, fácil, sencillo, Javier, mucho gusto. Buen nombre. Fíjate que tengo un tío que se llama Javier. No soporto a mi tío, pero me gusta el nombre —Javier ríe—. A ver, ya te busco aquí y te digo si tienes que pagar. Lo más probable es que no sea «si» sino «cuánto».

—Ja, como siempre.

Lilia presiona teclas en el teclado de la computadora y le enseña a Javier, en la pantalla, el costo estimado de las pruebas: casi cien dólares.

—¿Qué? —dice Javier con indignación—. Si toca pagarlo, toca; pero está algo caro.

—No, chico, mira; cien dólares no es nada. Fíjate en cuánto te hubiera salido si no tuvieras el seguro médico que tienes.

Lilia presiona más teclas y le muestra a Javier otra cantidad, esta en los miles de dólares. Javier ve que Lilia no se pintó las uñas hoy y nota que esto no quita feminidad a sus manos. También ve en uno de los dedos de la mano izquierda de Lilia un anillo de matrimonio. Javier, un

poco decepcionado, considera preguntar sobre el anillo, pero se contiene, como un comediante que se guarda el chiste porque sabe que vendrá un momento más oportuno para soltarlo.

—¡Qué! —exclama Javier—. Qué va. Con gusto pago los cien. Pero qué locura. ¿Cómo hace la gente que no tiene seguro?

—Ah, sencillo: se compran una soga y se cuelgan. Sale más barato.

—Ja ja, mira tú. Lo tendré en cuenta.

—Sí, ya sabes. Y si no quieren comprarse la soga, también se pueden meter un tiro e ir a morirse a lo lejos.

—Oye, pero tú sí eres positiva, Lilia —dice Javier con sarcasmo—. Un ángel de luz.

—¿Yo? Toda la vida lo he sido, cariño.

Se miran en silencio por un momento eterno. El palpable deseo de Javier quisiera removerle la mascarilla a Lilia, darle un beso tierno justo al lado de los labios, recorrer con la boca el camino de piel que lleva de los labios de ella hasta un lado de su cuello, darle un beso en el cuello, despacio. Lilia quita la mirada y rueda la silla hacia el mostrador.

—Bueno, ¿en cuál brazo quieres el agujazo?

Javier ve a Lilia tomar una jeringuilla y dos tubos de muestra vacíos.

—Está buena la rima.

—Fíjate que nunca me había salido así la pregunta. Debe ser porque me caes simpático.

—Mira que sí; eso mismo debe ser.

Lilia deja escapar una pequeña risa.

—Pero no me has respondido. ¿Cuál prefieres?

—La verdad, ninguno.

—¿Y tú le llamas «ninguno» al derecho o al izquierdo?

Javier suelta un suspiro, respira por la nariz y abre la boca para responder; pero Lilia interviene y rueda la silla hacia él.

—Ni me contestes, chico. Mejor me fijo en qué brazo está mejor la vena. Óyeme, ¿y a ti qué te pasó? Te veo pálido.

—Mira, Lilia... la verdad es que yo podré ser muy valiente para muchas cosas, pero no para las agujas.

—Ay, no, yo no sé de eso. A mí me han dicho que o se es valiente para todo o no se es valiente para nada.

—Esa no me la sabía. ¿Y tú vendrías siendo cuál de las dos?

—¿Yo? Valiente para todo.

—¿Para todo?

A Javier se le escapó la pregunta con tono de quien quiere jugar.

—Todito.

—Es bueno saberlo.

—Sí.

Javier se desliza de vuelta al tema principal.

—Entonces, ¿en qué brazo viene la desgracia?

—Jo, exagerado. No sé todavía. Ya me fijo.

Lilia mira por unos instantes la flexura del codo izquierdo de Javier. Luego, hace lo mismo con aquella del codo derecho, sube las cejas y lanza una carcajada.

—Oye... ¡Esa vena te la veo desde acá! ¡Oye! ¡Casi me sacas un ojo! Brazo derecho, papa. Por ahí va. No hay duda.

Javier quiere reírse, pero el miedo no lo deja. Lilia rueda la silla hacia el escritorio, abre un cajón, toma una gruesa banda elástica roja, rueda de vuelta y amarra la banda elástica en el brazo derecho de Javier, unas pulgadas por encima de la flexura del codo.

—¿La sientes bien amarrada? —Lilia se aleja un poco.

—Lastimosamente.

—Bueno, vamos, valentía. Abre y cierra el puño.

Javier lo hace y ve cómo se va inflando la vena verdosa en el centro de la flexura del codo.

Siente asco y miedo y quita la mirada:

—Lo que sí te digo es que no voy a mirar.

—Mejor, oye. ¿Tú para qué quieres ver tu propia sangre?

—Cierto. Mejor te miro a ti.

Se conectan sus miradas por un instante. Lilia no tiene ojeras y parece que nunca las ha tenido; parece que siempre ha dormido bien. Ella mira la banda elástica y, sonriendo bajo la mascarilla, responde:

—Sí. Mejor.

Dilio Rodríguez, acostado sobre la cama de su habitación, abre los ojos con esfuerzo. Mira su reloj despertador y descubre que es la una y veintitrés de la tarde. Ayer sentía que se estaba enfermando y hoy se siente enfermo. Él siempre ha sido muy blanco, pero hoy se ve más pálido de lo normal. Gabriela, su novia, sigue dormida al lado de él. Ella tiene la piel oliva. «Esta mujer nunca se enferma», piensa Dilio con humor, mirando a Gabriela. «Es absurdo. En los años que llevamos juntos, no le ha dado ni una alergia, ni un resfriado. En cambio a mí por una brisa me da

urticaria o pulmonía. Si llegamos a tener hijos, espero que saquen el sistema inmunológico de ella. Y que duerman tan bien como ella, porque a mí me hace falta enfermarme para dormir hasta tarde».

Haciendo el menor ruido posible, para no despertar a Gabriela, Dilio se levanta de la cama, toma un cambio de ropa del clóset, camina hacia el baño, se desviste, se da una breve ducha, sale de la ducha, se seca y, dentro del baño, se viste con la ropa limpia. Al abrir la puerta del baño que conecta con la habitación, Dilio se da cuenta de que, sin querer, hizo demasiado ruido.

—¿A dónde vas, mi amorcito, así tan guapo? —pregunta Gabriela, totalmente despierta. Está en pijama, sentada sobre la cama, despeinada y sonriendo.

—Ja ja, buenos días, luz de mi vida. A la clínica. ¿Te acuerdas de que ayer no me sentía bien?

—Sí, claro. ¿Qué tienes? ¿Te sientes peor?

—Sí, sí. Me duele la cabeza y me siento algo débil. Tal vez sea un resfriado pasajero, pero igual prefiero ir a la clínica, por si las dudas.

—Sí, mejor ir, por cualquier cosa. ¿Quieres que te acompañe?

—Claro que sí. Sólo que habría que ir ya. Nos queda cerca, pero mientras más pronto vayamos, mejor.

—Dale, me arreglo rapidito... Te quiero mucho.

—Yo más. Te besaría, pero no quiero contagiarte.

—Ay, mi amor. Yo no me he enfermado desde que me dio varicela a los seis años. Pero está bien. Dejamos el beso para cuando estés curado.

Dilio hace el gesto de un beso a distancia para Gabriela y ella lo corresponde.

Lilia se acerca más a Javier so pretexto de asegurarse de que la banda elástica esté bien amarrada. Al acercarse, deja entrever un collar —hasta ahora escondido— cuya piedra de plata coquetea con su escote. Lilia comienza a jugar con el collar para atrapar la mirada de Javier. A él se le acelera el corazón y piensa para sí: «no mires, no mires, aguanta, no mires, vamos, tú puedes, no mires». Ella sabe lo que hace y piensa hacia él: «mira, mira, mira». Finalmente, Javier mira. Lilia se aleja, victoriosa. El recuerdo de que la aguja no tardará en llegar golpea a Javier como una ola imprevista y lo sacude por dentro, inundándolo de miedo.

—Me tendrás que perdonar cualquier obscenidad que grite —dice Javier—. No me hago responsable.

—Te perdono de antemano —dice Lilia—. Okey, mira para el otro lado.

Javier mira hacia su izquierda y fija la mirada en el diagrama del sistema circulatorio. «El cuerpo humano es un milagro o un gran malentendido», piensa. Siente que Lilia le frota sobre la flexura del codo derecho un algodón remojado de alcohol; el alcohol sobre la piel abrillanta y comprime las sensaciones como lo haría una pastilla de menta en la boca. Javier no siente la aguja; sólo se percata de que ya atravesó la piel cuando siente sangre escapando de su brazo.

—Vereda... churrasco... ¡pintura!

Desde que era niño, a Javier le disgustaban las palabras obscenas; le parecían de mal gusto; así que las reemplazo por palabras más «limpias» las cuales se convirtieron, con el tiempo y el hábito, en sus singulares obscenidades.

—¿Vereda? ¿Churrasco? ¿Pintura? —dice Lilia—. Chico... ¿Te dio un derrame?

—Larga historia y más respeto —dice Javier con ligereza—. Cada uno tiene derecho al propio vocabulario.

Esto le cae bien a Lilia, le parece peculiar; además, ella prefiere a los hombres bien hablados y a menudo lamenta que ya quedan muy pocos.

—Bueno, «churrasco», como tú digas —dice Lilia, riendo. Javier suelta una risa nerviosa y siente un pulsante hormigueo en las manos y en la cabeza, el mismo hormigueo ansioso que siente en las montañas rusas.

—¿Entonces? ¿Me vas a dejar sin sangre?

—Óyeme, paciencia, chico.

—¡Vereda!

—No me digas que te duele.

—No, no; no me duele —dice Javier con gran sarcasmo—. Es más, me gusta.

Lilia le sigue el juego.

—Yo sabía que te iba a gustar. Desde que te vi sabía. Acuérdate que a veces el dolor no es ni más ni menos que placer mal mirado.

—Estás clarita. Qué barbaridad. A mis veinticinco años es que vengo a descubrir cuánto me gusta que me saquen la sangre. ¿Cuántos placeres habré desperdiciado?

—Sí, bueno, pero ya aprendiste. Mejor tarde que nunca. Dile a tu novia que digo yo que tú lo que eres es un diamante en bruto; dile que te está desperdiciando.

—Si hubiera novia se lo diría esta misma noche —la aguja se mueve un poco dentro del brazo de Javier y le envía un relámpago de dolor—: ¡Pintura!

—¿Ese fue un «pintura» de placer, no? —pregunta Lilia. Javier se recupera del dolor, sonrío y sigue con el juego.

—Obvio que sí. De placer profundo. Cuidado que de ahora en adelante me invento exámenes de laboratorio sólo para que me saques la sangre.

Ambos ríen mientras el tubito se va llenando.

—Deja de reírte —dice Javier—. No vaya a ser que te tiemble la mano.

—¿A mí? No, qué va, chico. Con una aguja a mí no me tiembla la mano. Con otra cosa de repente sí.

Javier se queda sin palabras ante el mensaje tan directo. Lilia enfrenta una duda que le quedó flotando en la mente:

—Óyeme, ¿y cómo que no hay novia?

—Sí, qué va, desde hace unos meses.

—¿Qué pasó?

—La vida.

—Suele pasar.

—Aunque no les pasó a ti y a tu marido.

—¿A qué marido?

—¿Tienes varios?

—Tú estás muy gracioso; te saco la sangre y me coges confianza.

El primer tubo de muestra está lleno de sangre. Lilia lo desconecta de la parte trasera de la jeringuilla y lo reemplaza por el tubo vacío. Sus manos son tan delicadas que Javier no siente estos movimientos.

—¡Pues claro! Esto de las pruebas de sangre es una cosa muy íntima. Oye, el marido que te dio ese anillo.

Javier dirige la mirada hacia el brillante anillo en la mano izquierda de Lilia; se percata de que ya se llenó un tubo de sangre y de que sólo falta el otro.

—Mi exmarido, dirás.

—¿Sí? ¿Ex? ¿Y por qué usas el anillo?

—Fácil: porque el diamante está precioso. No me pongas esa cara de escéptico. ¿Qué? ¿Lo voy a botar? No, no, no. Además, fíjate bien en qué dedo lo llevo.

Javier se fija y, mientras el segundo tubo se llena de sangre, el diamante pulido brilla desde el dedo índice de Lilia, no desde el anular.

—Ah, ya, ya. Ya veo. Y... ¿Qué pasó?

—¿En mi matrimonio? Pues la vida.

—Ja, sí, suele pasar.

La enfermera Ketty González está sentada en la cocinita de la clínica con los codos apoyados sobre una mesita redonda. Abraza con la mano izquierda una taza de café cubano — «colada»— la cual le calienta hasta el hombro. Posa una mirada dispersa sobre la cafetera que usó para preparar la colada. «Qué cosa tan rara, el café», piensa. «¿Quién habrá sido el primer humano en tapar su cansancio con café? ¿Cómo supo que el café ayudaría? ¿O no se habría dado cuenta sino hasta después de que la mitad de su tribu había muerto por probar granos que no eran café sino veneno?». Ketty toma un gran sorbo de colada. Pone la taza sobre la mesita. Se lleva la mano derecha a la boca y, pensativa, comienza a morder la uña del pulgar. «¿Cómo estará Paquito? Espero que haya dormido bien. Mi bebé. Pobrecito. Tan lindo que es. Se parece mucho al papá, pero yo creo que sacó mi temperamento. Ay, qué lindo cómo se me queda mirando, como curioso. ¿Qué estará haciendo? ¿Será que ahorita mismo está diciendo su primera palabra? ¿Será que va a intentar caminar por primera vez? Y yo aquí... ¿Haciendo qué? ¿Trabajando? ¡Por favor! A una le pagan es por poner cara bonita y por mantener el cuerpo dentro de las mismas paredes por ya ni

sé cuántas horas al día. Si todos fuésemos honestos y responsables, la jornada laboral no duraría más de cinco horas diarias. Qué tontería. Qué gran tontería. Mi bebé comenzando a vivir y yo aquí viviendo un poco menos cada día, lejos de él». Ketty deja de morderse la uña y comienza a frotar el pulgar derecho con el índice derecho; la fricción le calienta los dedos. «Ay, Ketty, ya. Ya. Suficiente», se dice. «Relájate. Te hiciste demasiada colada». Ketty abraza la taza con la mano derecha y se toma el resto del café. «Ya. Ya». Se levanta de la silla y lleva la taza al fregadero que está al lado de la cafetera. Abre la llave del agua y, con la mirada dispersa, comienza a enjuagar la taza. Escucha los pasos de unas enfermeras que caminan por el pasillo. Logra oír a Silvana, una de sus mejores amigas en la clínica, hablándole a otra enfermera cuya identidad Ketty no logra descifrar: «Uy, es que esos dientes de vampirito hay que quitárselos. ¡Me tienen nerviosa!». Ketty sonrío y divierte la mente en imaginar el contexto detrás de esa frase tan curiosa.

Dilio y Gabriela toman asiento en la sala de espera de la clínica. Al lado de sus asientos, hay una mesa cubierta de revistas con portadas coloridas.

—Nunca entenderé quién lee esas revistas —dice Gabriela.

Dilio mira los colores y fotografías de las portadas y suelta una risa:

—No sé, mi luz; pero yo no.

—Menos mal; no seríamos muy compatibles si leyeras eso. Es que no entiendo. Qué estupidez. Son las mismas revistas que te ponen al frente cuando estás en fila para pagar en el supermercado. ¡Y hay gente que las compra!

—Oye, baja la voz.

Gabriela comienza a hablar en un volumen exageradamente bajo, lo cual hace reír a Dilio.

—Pues sí, te lo digo en voz muy bajita, porque aparentemente todo esto es un secreto... Hay gente que compra esas revistas; tiene que haber quién las compre; si no, no las seguirían imprimiendo.

—Mi luz, qué te puedo decir. Para los gustos, los colores. Por cierto... hace calor aquí, ¿no?

—Sí, un poco —Gabriela vuelve a hablar en un volumen normal—. ¿Cómo te sientes?

—Regular, pero el calor no ayuda. Espero que no demoren mucho.

—No creo que demoren —Gabriela mira el reloj que abraza a su muñeca izquierda—. Ya son las dos y quince.

Javier Díaz siente la aguja salir de su brazo: el segundo tubo está lleno. Siente un tenue mareo que, combinado con el alivio de haber sobrevivido las pruebas, le da cierto placer. Lilia presiona con el algodón alcoholizado sobre el diminuto hoyo que dejó la aguja; luego, tapa el hoyo con una curita.

—¿Ya ves? —dice Lilia—. Sigues vivo.

—Uf, sí. Muchas gracias. Sin duda han sido las mejores pruebas de sangre de mi vida.

—Ah, qué bueno, ya ves, ya ves—Lilia desamarra la banda elástica y el brazo de Javier se relaja—. Por nada. Gracias a ti —Lilia coloca la banda sobre el escritorio—. La cuenta te llega y la pagas por correo. Qué lástima que ya terminamos. La pasamos tan bien.

—No hemos terminado, necesariamente —la mirada de Javier se torna curiosa y profundiza en los ojos de Lilia, los cuales se ajustan de inmediato—. ¿Todavía tienes hambre?

—Claro... el teléfono sabe bien, pero no llena.

Intuitivamente, Lilia se suelta la mascarilla para desnudar el arco apetecible que forman sus labios. «Ya la quiero besar», piensa Javier.

—¿Como cuánta hambre dirías que tienes? —pregunta él con picardía.

—Ay, yo estoy que me muero de hambre —responde ella con inocencia fingida.

—Mira que yo también. ¿Y a ti qué te provoca comer?

—Lo cierto es que ahorita, lo que me pongan al frente, me lo como.

—Lilia, yo digo que vayamos ya a comer juntos, porque es una maldad andar por la vida con hambre y pudiendo comer.

A Lilia se le sonríe toda la cara. Luego, mira su reloj, baja la voz y dice:

—Okey. Pero no tengo mucho tiempo.

—Tranquila. Usemos el que tenemos.

—Pero, no sé... estás como muy jovencito para que comamos juntos, ¿no?

—Si aquí todos somos adultos, ¿qué importa? Además, cuidado que de alma soy mayor que tú.

Lilia se ríe. Ya estaba convencida, pero quería ser convencida una vez más.

—Eso no lo sé... pero tendré cuidado.

La fatigada voz de la enfermera Ketty González resuena débilmente en la sala de espera de la clínica:

—¿Dilio Rodríguez?

Dilio suelta la mano de Gabriela, se levanta de la silla y se acerca a Ketty.

—¿Sí?

Ketty pone cara de avergonzada.

—Señor Rodríguez, ¿podiese esperar un ratito más? Creo que la enfermera de turno salió a almorzar, porque no la encuentro. No debe demorar. Discúlpeme.

—No se preocupe. Yo entiendo. Pero ¿puedo esperar en mi carro? El calor aquí me hace sentir peor.

—Claro que sí, señor Rodríguez. Sin problema. Yo voy y le aviso cuando estemos listos.
¿Cuál es su carro?

—La camioneta blanca, aquí mismo al frente de la clínica. No, esa no. Sí, sí, esa.

—Perfecto, yo le aviso.

—Mil gracias.

Dilio le sonrío a Gabriela, quien escuchó el intercambio. Se toman de la mano y salen de la clínica. Entran al auto de Dilio. Él enciende el motor y el aire acondicionado.

—¡Ahora sí! —exclama Dilio—. Esta es mi temperatura.

En el estacionamiento de la clínica, Javier espera en el asiento de conductor de su auto, un sedán deportivo color negro. Lilia toca la ventana del asiento de pasajero. Él baja la ventana.

—Uy, no traje ninguna aguja —dice ella—. Se me olvidó cuánto te gusta. ¿Me devuelvo y la busco?

Javier se ríe.

—Tranquila, para la próxima. ¿Trajiste una mano?

—Traje dos.

—Igual yo —dice Javier mostrando ambas manos. Desatranca el auto.

—Qué coincidencia —dice Lilia y abre la puerta de pasajero.

—¿Será que te temblarán? —pregunta él.

—Ya veremos.

Lilia entra al auto.

La enfermera Ketty González sale de la clínica hacia el estacionamiento. Se acerca a una camioneta blanca. El conductor baja la ventana.

—Señor Rodríguez, disculpe la demora —dice Ketty—. La enfermera de turno no ha regresado; pero hablé con otra enfermera y ella lo puede atender ahora.

—Qué buena noticia —dice Dilio, aliviado—. Mil gracias.

Dilio apaga el motor de la camioneta. Él y Gabriela se bajan del auto. Ketty les abre la puerta de la clínica y ellos franquean el marco de la puerta abierta. Ketty entra después de ellos; pero, antes de cerrar la puerta, ve a la enfermera Lilia Gutiérrez, despeinada, bajándose de un sedán deportivo color negro. Lilia, levemente sorprendida, ve a Ketty mirándola; sus miradas se juntan.

Ketty piensa: «Con razón no había vuelto. Mírala ahí, de nuevo, con otro paciente. Es una verdadera fresca. Y después anda quejándose que dónde están los hombres decentes. Pues no están con una enfermera en el estacionamiento de una clínica; eso te lo aseguro. Por algo la dejó su marido. Qué gran decisión. Vivir con una mujer así, por muy placentera que sea, debe ser una tortura. Mejor es vivir en paz. Por suerte, Silvana siempre está dispuesta a reemplazar a la fresca. Silvana sí es una enfermera de verdad». Lilia piensa: «¿Qué hace afuera la aburrida? Pensé que era alérgica al aire libre. Se le nota en la cara de boba cómo me juzga. Maldita que es. Niña rara. Me juzga por envidiosa. Porque ella se casó joven y no vivió nada mientras yo sigo viviendo y

cada día más; por eso me juzga. Allá ella con su marido sin sal y odiando su trabajo. No la soporto. Ni a ella ni a la pedante de Silvana. Son unas desgraciadas». Lilia camina hacia la puerta que Ketty mantiene abierta. Al pasar Lilia a un lado de Ketty, ambas mujeres se saludan con hipocresía:

—¡Hola, Lilia! ¿Cómo estás? Feliz tarde.

—¡Ketty! Qué bueno verte. Lo mismo para ti.

El sedán deportivo color negro sale del estacionamiento y desaparece en el flujo de autos de la calle principal.

Durante toda la tarde, numerosos autos van y vienen por las calles de la ciudad. Cada conductor se considera como el más importante y percibe a los demás conductores como justamente eso: «los demás conductores». Algunos llegan a sus casas o salen de sus casas. Otros van llegando al trabajo o saliendo. Unos conducen por necesidad y otros por deseo. Unos para sentirse libres y otros para sentirse seguros. Unos buscando pasiones y otros buscando tranquilidad. Unos solos y otros acompañados. Unos rápido y otros lento. Toda la tarde, todos conducen. Escuchan música en sus autos, disfrutan del silencio, bajan la ventana y sienten la brisa, disminuyen la velocidad, incrementan la velocidad, cantan, bailan, suben la ventana y sienten el aire acondicionado, lloran en privado, admiran la vista, se quejan de la calle, se ríen, gritan para desahogarse, olvidan al último amor, recuerdan al primer amor, piensan en sus familias, se preguntan quiénes son, no se preguntan nada y sólo existen, frenan ante el semáforo, piensan en qué van a cenar, respiran conscientemente, aceleran ante el semáforo, insultan a otro conductor, saludan a otro conductor, maldicen a los demás conductores, bendicen a los demás conductores, esperan, avanzan, esperan, avanzan. Todos conducen y todos, eventualmente, dejan de conducir.

Dilio Rodríguez y su novia Gabriela conversan en la cama luego de hacer el amor. A través de la ventana de la habitación, se distingue una tenue luna llena.

—Ya me siento mejor —dice Dilio sonreído.

—Me di cuenta —dice Gabriela—. Estás sanito, sanito. Fue una gran idea ir a la clínica.

—Totalmente. Yo creo que lo que más me tenía enfermo era el miedo a estar enfermo, porque al parecer estoy «de libro», como dijo la enfermera.

—Sí, mi libro. Ya que estás tan saludable... ¿me das otro beso?

En una habitación oscura, la cara de Javier Díaz se alumbra por la luz que emite la pantalla de la computadora. Está tan aislado que aún no lo sabe y tan concentrado en su trabajo que no se ha percatado de que ya anocheció. Aún le queda mucho por hacer, pero se siente afortunado porque puede trabajar desde casa. De vez en cuando, cierra los ojos y vuelve a ver lo que vivió con aquella enfermera en el asiento trasero de su auto, como un adicto recordando su droga. «Hay un dios», piensa. «Qué delicia de mujer».

Sentada en el sofá de su apartamento, Lilia Gutiérrez mira la pantalla del televisor y llora desenfrenadamente. Ella suele salir con sus amigas en las noches, pero esta noche decidió quedarse en casa. Acaba de terminar de ver por duodécima vez su película romántica favorita. «Qué

belleza», piensa, aferrada a su anillo de matrimonio. «El amor existe y es lo más lindo que hay. Sé que me llegará. Lo sé».

A las siete de la noche, la enfermera Ketty González abre la puerta principal de su casa. Al entrar y cerrar la puerta, Ketty suspira, relaja los hombros y dice para sí: «Finalmente». Escucha la risa de un bebé, seguida por la voz de un hombre quien se dirige al bebé:

—¿Quién llegó ahí, Paquito? No será el amor de mi vida... ¿O sí? ¿Ah?

El bebé se ríe a carcajadas, sin razón y con disfrute.

—Yo soy el amor de tu vida... espero —dice Ketty con humor. Cruza la sala de la pequeña casa, entra a la cocina y encuentra a Paco haciéndole muecas a Paquito, quien está sentado en una silla alta para bebés—. ¿O hay otra mujer por ahí?

—La única otra mujer eres tú por la mañana —dice Paco con lujuria—. No me decido si me gusta más tu sabor con luna o con sol.

—Oye —dice Ketty con coquetería—. Cálmate que estamos con Paquito.

—Mejor que aprenda, ¿no?

—Tú estás mal de la cabeza —dice Ketty, riendo. Paco sonrío con orgullo fingido para ocultar el dolor que siente ante otro sutil rechazo de su esposa. Ketty se acerca a Paquito y le da un besito en la frente. Agarra la manito derecha del bebé.

—¡Hola! ¿Cómo está la cosa más linda del mundo?

Paquito se echa a reír como si comprendiese lo exagerado del cumplido de su mamá. Paco, reprimiendo su dolor, abraza a Ketty por la cintura y le da un beso en la mejilla.

—¿Qué tal tu día, linda? —pregunta.

—Ay, qué te cuento —dice Ketty—. Otro día largo; lo mismo de siempre. Nada especial.